

o globales de determinadas obras, que sobre los mecanismos de esa misma producción; componente cuya pertinencia es cuestionada dentro de los marcos formales del estudio literario. El estudio de la literatura fantástica y el desmesurado énfasis en el «realismo mágico» y «lo real maravilloso» —con diversas nomenclaturas— como categoría genérica más que como descripción de un fenómeno esencialmente temático también ha pasado a una vertiente de balances necesarios.⁷

Como parte del contexto internacional, a partir de los años sesenta también se ha producido en la crítica latinoamericana una creciente, y muchas veces sana, reflexión teórica sobre los textos desde los fundamentos asentados por el psicoanálisis, el estructuralismo, la semiótica, el deconstruccionismo y sus proyecciones; componentes que aún otros han tomado con una perspectiva marxista para generar un análisis cultural más amplio de la producción intelectual. Pero, como en todos los casos, también aquí se han dado los fenómenos de la moda. Con rigurosa seriedad,⁸ o con la no menos notoria inclinación por lo lúdico o lo superficial, se publicaron numerosos estudios en que abundaban, según los vertiginosos años, las notas a pie de página citando a Barthes o Genette o Greimas o Kristeva o Todorov o Lacan o, más recientemente, Bajtine o Jameson, sin que la referencia impactara centralmente el análisis del texto pero que sirviera, sin embargo, como llamado de atención sobre el saber de la actualidad. Pero esas son las páginas que importan menos y que ceden el espacio que les corresponde a las lecturas críticas que *sí* utilizan el acceso teórico como vía hacia la descripción, el desmantelamiento y posterior recomposición efectiva de los textos literarios hispanoamericanos. Y es en éstos donde se reconoce el ansia por adquirir validez científica en las apreciaciones, por estar central y estratégicamente ubicado en la vanguardia de LA literatura, abandonando el constreñimiento de la especificidad latinoamericana. Haciéndolo, además, mediante una máxima concentración en la narrativa —resultado parcial siquiera de las obras mayores del *boom* que ingresaron rápidamente al dominio de occidente— más que en la poesía —cuya época de vanguardia adelantó los lineamientos experimentales acusados décadas más tarde en la ficción— y que sostenía su residencia en la lengua castellana. Asimilando, además, en el discurso crítico los argumentos de los propios narradores sobre la renovación de las formas, en un aparente amago vanguardista (que con un acto de fe en su progreso se distancia de la vanguardia poética) que quiere homologar el progreso histórico con el literario. Al entrar al diálogo de las lenguas se pretendía pasar paulatinamente a la universalidad de los códigos en que la manifestación de lo literario va cediendo terreno a interrogantes genésicos previos a toda territorialidad. En el discurso ahistórico son evidentes las opciones ideológicas en la práctica de la crítica y la docencia literarias, como también lo son en la otra serie de opciones

⁷ *Un aporte significativo al tema: Irlemar Chiampi, O realismo maravilhoso. Forma e ideologia no romance hispano-americano. São Paulo, Perspectiva, 1980. Es importante la lectura que propone Alexis Márquez Rogríguez en Lo barroco y lo real-maravilloso en la obra de Alejo Carpentier, México, Siglo XXI, 1982.*

⁸ *Tres singulares ejemplos que documentan las lecciones bien asimiladas e integradas de tres aproximaciones fundamentalmente diferentes: Germán Leopoldo García, Macedonio Fernández: La escritura en objeto. Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; Josefina Ludmer, Onetti: Los procesos de construcción del relato. Buenos Aires, Sudamericana, 1977; George Yudice, Vicente Huidobro y la motivación del lenguaje. Buenos Aires, Galerna, 1978. Hay, por supuesto, excelentes artículos que desarrollan cada una de estas líneas; sólo cito tres libros parciales para no abundar.*

que se afinsa en las ciencias sociales, al igual que en los ensayos que desde las referencias heterogéneas e híbridas intentan formular lecturas que den cuenta simultáneamente de la especificidad literaria y de su encuadre particular. En casos ideales, ese diálogo adoptaría la posibilidad de (re)integrarse a la tierra primaria, es decir, a la consideración de lo específicamente latinoamericano.

Las publicaciones periódicas dedicadas a la literatura hispanoamericana cubren una vasta gama de opciones teóricas y críticas que reflejan, tácita o explícitamente, sus propias preferencias e inserciones ideológicas. Estas se manifiestan tanto a través de sus declaraciones de principios como en la selección del material. Sin ánimo alguno de impugnación y sin pretender que la mención de *algunas* revistas agote el arco que compagina su lectura, cabe trazar algunas líneas. Desde *Dispositio* (Ann Arbor, Michigan) y *Lexis* (Lima), por ejemplo, con su clara preferencia por análisis semióticos y enfoques teóricos, hasta *Ideologies and Literature*, cuyo título también define un programa de acción, y las revistas en las que se privilegia el estudio de las relaciones literatura-sociedad, como *Revista de crítica literaria latinoamericana* (Lima), *Hispanamérica* (Gaithersburg, Maryland), *Escritura* (Caracas) y *Texto crítico* (Xalapa, Veracruz), sin que ello cancele aportes de otras modalidades del análisis literario, o la revista de política cultural *Punto de vista* (Buenos Aires). Resulta evidente que revistas oficiales como *Casa de las Américas*, *Conjunto* o *Unión* (La Habana) y *Nicaráuac* (Managua), responden a las líneas imperantes en sus marcos editoriales. Múltiples publicaciones académicas se definen como espacios abiertos, la *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh, Pennsylvania), entre ellas, si bien hay ciertos énfasis que le otorgan un acento especial dentro de esa apertura. Proyectos de amplia difusión cultural, como *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), sirven un amplio abanico informativo. De otro tenor es una publicación como *Review* (New York) que tiene como meta central la difusión de las traducciones de autores latinoamericanos al inglés y que se inscribe en los mecanismos de internacionalización de una determinada vertiente literaria que parte con los autores del *boom* y deriva mayoritariamente hacia aquellos herederos que pueden suscitar interés en el mercado local. Tendencias similares en la predilección por los reconocidos y por problemáticas que se quieren centralmente textuales, se registran también en las revistas que no están dedicadas exclusivamente a la literatura hispanoamericana, como *Books Abroad-World Literature Today* (Norman, Oklahoma), *Modern Language Notes* (Baltimore, Maryland), *Hispanic Review* (Philadelphia, Pennsylvania), o la escasa presencia en *PMLA* (New York). En la medida en que se hacen números monográficos dedicados a autores determinados, la selección suele recaer en Borges, Cortázar, Fuentes, Rulfo, Paz, entre otros pocos, o sea, en aquéllos que garantizan la ineludible y aparentemente inagotable atención del profesorado.⁹ Afortunadamente, entre otras, las publicaciones de los Seminarios de Poitiers han abierto este registro al estudio meticuloso de las obras de Felisberto Hernández, Roberto Arlt, Carlos Droguett y Augusto Roa Bastos. Síntoma, de todos modos, de la labor pendiente para rescatar todo lo que precedió a estos nuevos énfasis y para adjudicarles el lugar que les corresponde en la incesante construcción de una tradición literaria.

⁹ La reciente publicación de Hugo Verani, Octavio Paz: Bibliografía crítica, México, UNAM, 1983, con más de dos mil asientos, es un claro indicio de esta tendencia.

Tanto los que abogan por la contextualización de la literatura hecha premisa al considerarla como expresión de un estado social determinado, como los que exigen la ausencia de todo lo ajeno a la internalización del texto, tienen sus propios canales de difusión (revista, voceros privilegiados y suplentes, encuentros y simposios) a través de los cuales se dirimen las propiedades de los sentidos de la literatura y el papel que ésta ocupa (o no) en el sistema. Resulta particularmente interesante notar que los enfrentamientos se siguen dando a partir de interpretaciones de las figuras estelares, rotando en estos casos la focalización y el encuadre general de cada caso. En última instancia se debate la apropiación de los autores, la significación de la lectura de determinados textos y, a través de ellos y en algunos sectores, lo que esas mismas lecturas hacen a la comprensión más amplia del mundo al que remiten. Es decir que las reflexiones teórica y crítica presuponen una revisión del canon literario académico que ideologiza el mapa latinoamericano como actividad que se realiza de este lado de todo enunciado literario. Y es ahora, precisamente en estas instancias, que la práctica crítica abandona (¿debe abandonar?) todo dejo de divertimento casual para ubicar aún el encuentro estético y el regocijo de lo lúdico en el espacio del que emerge como tal. No se trata de desplazar ni mucho menos de cancelar el placer de la lectura, sino también de ver desde la profesionalización de la actividad crítica el sentido del juego, de la risa, de la caricia que se desborda por las páginas.

Hasta ahora se han señalado básicamente extremos de una actividad que centra su mirada en los textos literarios como mediatización, filtro o transparencia de lo referencial, y aquella otra que en la opacidad de esos textos descubre el sentido pleno de la producción literaria.¹⁰ No resulta difícil detectar que entre ambos —y quizá no sean estos los polos absolutos— hay una gama de lecturas preferenciales a todo lo largo de este continuo, algunas de las cuales intentan la formulación de organizaciones heterogéneas capaces de dar cuenta de la complejidad de todo texto literario. Para ello resulta particularmente útil partir de formas literarias avanzadas, no tanto porque la mayor modernización teórica sea especialmente apta para la lectura de lo más moderno— sino porque permite plantear en un presente inmediato los múltiples sentidos de esas avanzadas y de su tecnificación¹¹. Y es nuevamente la historia la que en este caso impone sus condiciones.

La correlación entre el auge de la literatura latinoamericana y su aceptación en EE.UU. y Europa en los circuitos más amplios de sus respectivas intelectualidades ya ha sido amplia y reiteradamente demostrada. Sin entrar a discutir nuevamente el sentido del

¹⁰ *Altos grados de experimentación narrativa han suscitado la atención de numerosos estudiosos de la página literaria recortada a su propia medida. Véanse, por ejemplo, las nóminas de trabajos sobre José Lezama Lima para citar un altísimo logro literario. Tal línea de análisis no se cohibe por cierto, ante textos que sugieren lecturas adicionales como se comprueba, por ejemplo, con ocasionales reducciones de Roberto Arlt a sintéticas combinaciones formulaicas. Un ejemplo de sólida crítica que acerca/aúna/sugiere/sintetiza diversas etapas de la producción literaria prescindiendo de obvios anaqueles, en Saúl Yurkievich, A través de la trama, Barcelona, 1984.*

¹¹ *Dos aproximaciones diferentes en Carlos Rincón, El cambio en la noción de literatura, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1978; Angel Rama, «La tecnificación narrativa», Hispamérica, X, no. 30 (1981), pp. 29-82. El creciente interés por Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser y la teoría de la recepción es otro indicio de necesidades plurales.*

boom y sus posibles definiciones, sí se puede dar por cierto que las vicisitudes de los debates en torno a Cuba, desde los inicios primaverales a los cuestionamientos que surgieron en torno al «caso Padilla» y a la desvinculación de algunos escritores de primera línea del proceso revolucionario¹², han tenido un impacto notable en este proceso. El exilio de un alto porcentaje de cubanos de las capas medias y su incorporación al mundo académico estadounidense también ha tenido vastas repercusiones entre las cuales se halla la nómina misma de los autores estudiados, máxime en lo que se refiere a autores cubanos. En este sentido, el arribo de nuevos escritores exiliados amplía este radio a la vez que reduce a canales sumamente estrechos la información amplia sobre la producción cultural de la isla. El énfasis proporcionalmente desmesurado en los epígonos de los exiliados —notablemente en Cabrera Infante y Sarduy— refleja, al margen de sus indiscutibles méritos literarios, una opción política que reverbera aún en los análisis de Carpentier (en otro orden en los de Lezama Lima) y, por supuesto, en los que continúan participando en el proceso revolucionario.

Que en años recientes el fascismo desatado en el Cono Sur haya causado renovados estudios y debates sobre literatura y exilio, no autoriza la fácil y tendenciosa equiparación de los exilios ni los pronunciamientos de que el exilio se ha transformado en tropo literario o en condición reflexiva sobre la literatura misma. Si algún fenómeno reciente se presta directamente a un análisis del cual no se puede despojar la participación e intervención directa de los procesos históricos, es la producción que surge a partir de condiciones de exilio. Y en esos casos, con una atención pormenorizada a los signos de cada uno de esos exilios y de las condiciones específicas de las cuales deriva la página literaria. Que el exilio haya servido de tópico para corroborar las apariencias de amplitudes democráticas de algunas publicaciones no significa que éste pueda ser transformado en categoría literaria ni en etiqueta definitoria de una producción determinada, máxime cuando su pertenencia es y debe ser remitida a los marcos propios de una literatura nacional.

Subsiste la problemática que surge al ceñirse estrechamente a una definición de lo nacional. Esta se agudiza aún más al examinar las relaciones de algunas obras producidas fuera de las fronteras con el corpus interno. Esto incluye en condiciones muy especiales, la producción chicana en sus relaciones con la latinoamericana;¹³ en otras, por ejemplo, la complejidad de la literatura puertorriqueña insular y continental ampliamente demostrada en ensayos sobre la nacionalidad y en sólidas muestras antológicas de poesía y narrativa. Y todo ello bajo las dimensiones de fuerzas hegemónicas que intentan limar (y minar) la diversidad de manifestaciones culturales particulares y propias de determinadas regiones. Que para la creciente oleada de escritores ambientados a los aeropuertos los traslados intercontinentales sólo representen saltos cosmopolitas, no cancela su coexistencia con otras realidades que siguen amarradas a resabios prehispanicos y a la defensa de las voces vencidas. Esta heterogeneidad plurivalente también

¹² La discusión del «Caso Padilla» fue publicada en el primer número de la revista *Libre* (París) dirigido por Juan Goytisolo, (1971), p. 95-145.

¹³ Un manual reciente establece un mapa de la literatura chicana remitiendo el uso del término a 1848 y fijando la renovación de su tradición literaria a mediados de los años sesenta. Julio A. Martínez and Francisco A. Lomelí, eds. *Chicano Literature: A Reference guide*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1985.